

ANTONIO AGUILERA PEDROSA, *Pasajes benjaminianos*, Barcelona, Ediciones del subsuelo, 2021, 364 pp.

Carlos Marzán Trujillo

*Pasajes benjaminianos* constituye una aproximación al pensamiento de Benjamin que trata de desmontar el carácter de fetiche en el que lo ha convertido la industria de la cultura. El ensayo, escrito con una pasión inusitada en los textos académicos, excava en las costras interpretativas que hacen del filósofo berlinés alguien citable en cualquier contexto, algo que lo aleja de sus propuestas y que convierte en romo el aguijón crítico de sus ideas. Se trata de un libro intenso, que reconstruye un pensamiento complejo y que intenta sacarlo de los anaqueles de las estanterías para insuflarle vida. Un libro, en suma, que aplica el filosofar benjaminiano sobre la propia filosofía de Benjamin. Para Aguilera, el contraste entre su tumba vacía en el *cementeri* de Port Bou y la magnífica obra de Karavan, erigida en su honor, resultan “una alegoría inquietante que da una simple pista sobre cómo persona y obra han sido utilizados”<sup>1</sup>. El libro se enfrenta a las dificultades que implican dejarse interpelar por Benjamin y atender a su palabra. Entre éstas, sostiene, está la propia escritura que repara en las fracturas e intersticios de las cosas para poder darles voz. Y que le lleva a intentar expresarse mediante “la negación de la expresión”, algo inasimilable para muchos intérpretes. Su asistematicidad y su estilo, que es, a un tiempo, doctrinal e ilustrado, que enlaza tanto teología y materialismo, como corrientes y temáticas diversas, resulta también un impedimento para una auténtica apertura a sus obras. A quien lo lee intranquiliza, además, que ofrezca pocas esperanzas, salvo una “débil fuerza mesiánica” y que se ocupe, más que por prometer paraísos, por avisar del fuego infernal que avanza por el mundo y cuyas fumaradas adormecen la voluntad de extinguirlo. Aguilera afronta esas dificultades y apunta a los aspectos de sus textos que más se vinculan a nuestras actuales experiencias.

*Pasajes benjaminianos* profundiza en el papel que desempeña la idea de fotografía en los últimos textos de Benjamin, a la que convierte en modelo filosófico para posibilitar la obturación del presente. Más allá del interés que mostró por la fotografía en “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” o en

---

<sup>1</sup> Aguilera Pedrosa, A., *Pasajes benjaminianos*, Barcelona, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2021, p. 14.

“Pequeña historia de la fotografía”, Aguilera destaca el papel que ocupa en *Das Passagen-Werk* y, sobre todo, en el desarrollo de su concepto de historia, lo que le llevó a practicar una suerte de “filosofía fotográfica” que ilumina su pensamiento sobre lo social e histórico. El libro sostiene que el modelo fotográfico –entendido a modo de *flash* o instantánea– le sirve a Benjamin no sólo para pensar el curso del tiempo, sino para dar cuenta de una sensibilidad moderna carente de aura y potenciar la idea de un sujeto colectivo alejado de intenciones o de filosofías de la historia entendidas como caminos que conducen inevitablemente a un feliz final de la humanidad: “¿y si el autómatas que invoca Benjamin en su primera tesis sobre el concepto de historia no fuera la teología dentro de un jugador de ajedrez, sino una cámara de fotografía...?”<sup>2</sup>, ¿y si el enano jorobado disparara su cámara para captar instantáneas que pudiesen ayudar a detener el tiempo? Cabría entender la fotografía, escribe Aguilera, como modelo para la elaboración de la noción de “*Jetztzeit*”, del *tiempo-ahora*. Plantea que, a través de esas instantáneas, cabría conectar el pasado y el presente, las esperanzas frustradas con la posibilidad de algo distinto. Remarca que la tarea del historiador materialista –un traperero y coleccionista de imágenes– consistiría en realizar, en traducir, el montaje de esas imágenes para que alcancen su legibilidad en un tiempo determinado. Como subraya, las reflexiones de Benjamin sobre la fotografía y el cine no sólo le impulsaron a escribir sobre la creciente “desartización” (*Entkunstung*) del arte, sino a pensar en “posibilidades que abren la dimensión artística con medios no artesanales”<sup>3</sup> y, de ese modo, a entrever el tipo de arte que forma parte de nuestro más cercano presente. Destaca también que, para Benjamin, la tecnología no sólo es un medio para aumentar la explotación de productores y consumidores, sino que establece las condiciones para superarla, pues la técnica revierte en las composiciones y materiales artísticos: “son los desarrollos técnicos en la producción de imágenes, escritos, sonidos, historias... lo que daría una pista adecuada para recomponer el modelo histórico-social. Así leería por mi parte el texto clave de Benjamin sobre la reproductibilidad técnica”<sup>4</sup>.

*Paisajes* incide en las modulaciones que el tema de la historia adquiere en el desarrollo del pensamiento benjaminiano, y cuestiona las interpretaciones que sobre esta cuestión han hecho Habermas o Derrida que, en ocasiones, pusieron entre paréntesis su mesianismo sin tener en cuenta las críticas que el propio autor hizo a sus versiones románticas o surrealistas. Destaca que la

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 63-64.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 123.

lectura que Habermas hace sobre el concepto de historia de Benjamin en *El discurso filosófico de la modernidad* (1984) –quizá debido a su creciente cercanía a la socialdemocracia– no parece destacar suficientemente que no sólo se trata de rememorar la injusticia padecida por los vencidos, sino de poner en valor sus ansias de felicidad. Y deja, así, a un lado, la presión hacia el futuro que apela a un pasado cargado de esperanzas. El libro ahonda en la noción de tiempo de Benjamin estableciendo una constelación de relaciones con quienes la han abordado desde ámbitos no estrictamente filosóficos: Baudelaire, Proust, Poe, Kafka, Gide, Elias, Ginzburg o Borges. Y frente a los vínculos teóricos que Arendt apuntó entre el pensador berlinés y el de Messkirch, pues ambos trataron de romper con una concepción del tiempo como un mero transcurrir, señala lo que los diferencia. Heidegger ontologiza el tiempo originario contraponiéndolo al tiempo habitual; un tiempo originario que se desgaja de la historia concreta. Por el contrario, nos dice, Benjamin habla de un tiempo determinado (óntico) que se cosifica cada vez más con el desarrollo del capitalismo. Un tiempo que inmanentiza y sitúa junto al profano en el que “cada segundo es la pequeña puerta por la que puede entrar el Mesías”. Las reflexiones de Heidegger sobre el tiempo y la historia se sitúan en un plano que se distancia del acontecer histórico concreto. Muestran la estructura del tiempo, su *cómo*, no el *qué*, no sus contenidos que concretos. La historicidad heideggeriana se aleja, así, de la historia concreta, de la praxis social y se convierte en una estructura ontológica que más que posibilitar la ruptura del tiempo, lo compacta e intensifica y lo transforma en un paisaje fuera del tiempo. Si para Heidegger el futuro se puede asumir como destino, pues aunque el ser del *Dasein* es abierto, su apertura se erige sobre lo ya sido. Para Benjamin, sin embargo, la condición para que haya futuro es que el pasado permanezca abierto. No es destino. Aguilera muestra también cómo se transforma la visión de la historia de Benjamin desde la alegoría de su ensayo sobre el Barroco, hasta la imagen dialéctica de *Das Passagen-Werk* y las “Tesis”, y enfatiza que la idea de historia que pone en juego, y que todavía “parece tener actualidad”, remite a un compromiso político y ético de un sujeto aún no existente. Cabe remarcar su interpretación del ángel de la historia de la Tesis IX del que no sólo señala su lado piadoso cara a recomponer lo destruido, sino el satánico –en la estela de Scholem– que ahonda en el horror y la destrucción en la que viven los oprimidos para arrastrarlos, así, a una felicidad aún no vivida.

Aguilera da vueltas en torno a la idea de la pobreza de experiencias que emerge en la modernidad tardía sobre la que reflexionó Benjamin y que se acrecienta enormemente en nuestro presente. Y, como él, piensa que también la tecnología podría servir para corregir ese empobrecimiento. La fotografía, el cine, la música

o las redes podrían atender “a la carne, a la piel, a las huellas de la tortura de los cuerpos y los rostros”<sup>5</sup>. Confronta a Adorno con Benjamin para sostener que, más allá de la crítica ideológica, se hace cada vez más necesario politizar el arte y la cultura contra el nuevo analfabetismo globalizado que padecemos. Esa “*artización*” de la política que es, fundamentalmente, una *re-politización* de la vida, un impulso ilustrado -que apunta en una dirección contraria a la que propició el fascismo- que podría servir para combatir las experiencias empobrecidas de quienes están cada vez más enredados en las fantasmagorías que genera el capitalismo; fantasmagorías sobre las que pensó el último Benjamin, y con las que ahondó y amplificó las ideas de Marx sobre el fetichismo de las mercancías. Se trataría -hace notar el libro- de recuperar para la política lo que siempre trató de expresar el arte. Esto es, no sólo la denuncia del sufrimiento socialmente innecesario, sino también los anhelos de felicidad y de un mundo mejor. Introducir en la política ese potencial inscrito en el arte, como plantea, permitiría trasladar los paisajes benjaminianos a nuestro presente y ayudar a activar una nueva forma de entender la política que pueda frenar un curso de la historia que parece abocado al desastre.

En la lectura que hace Aguilera de los textos de Benjamin cabe destacar, frente a otros intérpretes, la relevancia que le otorga a la segunda memoria de *Das Passagen-Werk* en las que ve el auténtico núcleo de esa inacabada obra. En ella, afirma, corrige sus excesos poéticos, las debilidades de sus tesis materialistas, sus ideas sobre la economía (perfila su noción de “fantasmagoría”) o sobre el inconsciente colectivo. Incide, además, en el complejo vínculo entre materialismo y teología que atraviesan el filosofar benjaminiano. Para entender ese vínculo, que no cabe deshacer sin falsear al autor, recurre a Scholem y Habermas. Y presenta esa vena mística (tan poco comprensible, en ocasiones, para algunos lectores) como un impulso al que apela la tradición judía frente a la adversidad y que en el último Benjamin se convierte en una entrega a lo material. Ve ese empuje místico y teológico como inmanencia de lo trascendente y lo asimila a la labor del trapeero que recoge los escombros que deposita la cultura para darle una vida nueva. Hace hincapié en que el papel de la teología en su obra consiste en mostrar lo caduco como eterno y lo eterno como lo caduco. El libro trata de actualizar, eso se desprende de su lectura, a quien merece seguir siendo pensado. Y es que una de las tesis que mantiene es que no deben olvidarse las fuerzas -por débiles que hayan sido- de quienes ha avisado sobre la urgencia de poner el freno de mano a la “locomotora de la historia” que nos lleva inevitablemente hacia la catástrofe.

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 215.

Aguilera propone activar un pensamiento que podría potenciar la reflexión sobre la necesidad de un salto ético y político que interrumpa la violencia global, convertida en norma, en la que vivimos.

Recibido: 07/02/2023

Aceptado: 10/04/2023

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

